LA SOBERANIA NACIONAL.

LECTURAS DEL HOGAR. SEMANARIO

DE LAS TERTULIAS, CASINOS, CIRCULOS DE LECTURA, ATENEOS Y REUNIONES POLÍTICAS, LITERARIAS Y ARTISTICAS.

Núm. 36 de LA SOBERAMA. GRATIS para los suscritores.

DOMINGO 22 DE ENERO DE 1865.

Num. 6 del Semanario. 4 ctos. Suscricion 2 rs. al mes

SECCION INSTRUCTIVA.

D. JUAN LANUZA.

... Barnols sindates II.

Los golillas ó garnachas de aquella época no estuvieron, segun uso y costumbre, por la inmunidad foral en favor de los manifestados; pero el pueblo que nunca quiere entender, y hace bien, de sutilezas ni argueias forenses, se puso en armas sontra Filipo, y arrancando a Perez de las mazmerras inquisitoriales lo devolvió al amparo de la Manifestacion.

Poco despues de este suceso, fué cuando D. Juan Lanuza y Perellós sucedió en el justiziazgo á su padre, quien falleció de muerte natural, tan luego como se acordo hacer segunda entrega de Perez al Santo

Oficio. Libre en tan manifiesto contrafuero de toda responsabilidad, pero impulsado el joven Lanuza de la rectitud de su corazon, aprestose à llevar à cabo el veredicto de su tribunal, acaso contra su propio dictámen.

Suele el valor civico faltar muy frecuentemente entre los que mas blasonan de esforzados; y muchos de los que con varonil denuedo afrontan impávidos los estragos y sangrientos destrozos de un com-bate, sienten desfallecer su ánimo y fla-quear sus propósitos ante las dificultades v conflictos de las revueltas políticas, y el juicio de la posteridad.

En este linaje de heroïsmo, no ha tenido rival alguno en la historia el jóven Justicia, porque nadie como el se franqueara el camino del patibulo, cuando puesto ya á salvo de todo riesgo, pudo sin menoscabo de su honra, continuar quieta y pacifi-camente en el desempeño de su nobilisimo

Por eso, libre ya Perez, contra sus proplos esfuerzos, de las asechanzas de la corte de Castilla; y amenazado su reino por los tercios de Vargas; y sometido des-pues por la fuerza al querer del irritado monarca; é invitado además para continuar en el ejercicio de su elevada magistratura, resolvióse Lanuza á dar un manifiesto al reino justificando su insurreccion contra el monarca, e indicando al mismo tiempo que solo la indisciplina de la hueste que comandaba y que de credo en credo hacia armas contra su caudillo, pudo obligarle á desertar de su campo, abandonando una empresa que era la de los fueros del reino, y que el mas que nadie debla sostener.

La lectura de este manifiesto encendió en ira el satánico orgullo de Felipe, quien apenas creia tener tiempo para devorar su victima segun la premura con que la entrego al verdugo. «En leyendo esta prendereis à D. Juan Lanuza (le dijo à Vargas), y tan pronto sepa yo su muerte

como su prision.» Por lo demás, la conducta del joven Lanuza en aquellos sucesos fue intachable, porque la insurreccion foral habia esta-llado ya, y la razon se hallaba de parte de los insurrectos.

El mismo dictámen de los jurisconsultos, dado con el propósito de servir las intenciones del monarca, no pudo poner a salvo el contrafuero que se intentaba co- la dignidad de su toga.

meter, porque en el fondo y en la forma resaltaba de sus mismas doctrinas la incompetencia del Santo Oficio.

Puesto en este caso el nuevo Justicia, apenas le era licito no adherirse al movimiento popular, y sin embargo, se puso de frente contra el y se dispuso a cumplir con la segunda entrega de Antonio Perez: mas venció en este trance la insurreccion y el Escurialense preparó la entrada de Vargas en el reino de Aragon al frente de los tercios castellanos.

No fueron, pues, los primeros pasos del jóven Lanuza los que tal vez convenian a su alta investidura foral, ya fuese porque la inesperiencia de su edad y el ejemplo de su padre le obligaran a seguir su huella, ó porque preocupado de la violencia de aquel sacudimiento político y de los espasos que a su sombra accordingente. cesos que á su sombra se cometieran, no crevó propio de su nombre dar medros á tan peligrosos trastornos.

A su pesar, se puso à buen recaudo Antonio Perez franqueandole las puertas de sa encierro, però dejando casi indefensa la ciudad de Zaragoza por haber desertado de su causa la mayor parte de la nobleza aragonesa que había promovido, con sus escitaciones y su ejemplo, aquellas revueltas contra las mal reprimidas iras del vengativo Filipo.

La oportunidad para este había llegado: de tiempos atrás traia el pensamiento de beneficiarla à su provecho, preparando el ánimo del reino contra los bullicios de la metrópoli, protestando su adhesion sin-cera y leal á sus fueros, y sintiendo la necesidad que tenía de emplear la fuerza y el rigor contra los desórdenes que los enemigos del nombre aragonés venian promoviendo à costa de tanta sangre y tan repetidos desmanes.

Tal era su lenguaje! | Asi vino madurando sus aleves designios tan fementido

principe!

De continuo escribia á las comunidades, à universidades del reino, asegurándoles que su intencion no era otra que la de dar fuerza y autoridad a la justicia y mantener en vigor los fueros y franquezas populares que nadie mas que él respetaba y deseaba conservar.

De esta manera fué fomentando el desamor de los pueblos hácia la metrópoli, y atrayendose su buena voluntad con tan fingidas manifestaciones; y como al mismo tiempo, por medio de sus mercedes y corrompiendo con toda clase de sobornos habia corrompido la integridad de la mayor parte de los nobles y ricos-hombres, convirtiendolos en verdaderos caballeros de la sopa (segun espresion del vulgo) pudo à toda su ventaja presentar la bataila tan de antemano preparada, cuando vió à Zaragoza víctima de las escisiones y conflictos que la venian debilitando por el enflaquecimiento y desorganizacion de sus fuerzas propias.

En santa insurreccion se alzó entonces D. Juan Lanuza, no para vencer (porque harto conocia la decadencia de su epoca), sino para luchar como bueno contra las huestes del despotismo, y perecer en la demanda.

Conocia los deberes de su altísima magistratura, pero sin desconocer lo arduo de su empresa; y se aprestó al conflicto con denuedo, dispuesto á sucumbir, pero cubriendo el malogro de sus esfuerzos con

Abandonado se vela de la mayor parte de nuestros ricos-hombres (raza prepo-tente en aquella corona), de fé dudosa todos, falsos muchos, inconstantes y move-dizos y transfugas los mas de una á otra de las parcialidades, que con violentas agitaciones venian de larga fecha conturbando el reino ; pero sin que mellaran su ánimo ó alcanzaran á desfallecer su espiritu, ni la traicion ni la apostasia de tan

degenerados varones.

De ellos hubo, quienes precipitando el curso de los acontecimientos con exagerados alardes de independencia y de lealtad, abandonaron sus banderas para acogerse tímidos y temblorosos á las del tirano, y pagar con su vida en la ignominia y oscuridad de un calabozo su inconstancia y su doblez: y no falto alguno, que sin apelar al cobarde medio de la desercion, realzó su alevosia, quedandose del lado de los leales, para mejor servir la causa de los traidores, y vender á mejor precio tam-bien la indignidad de sus servicios.

Amarga debe sernos á todos su memoria, porque despues de recibir el premio de su villania, aun empleó su pluma en mancillar la del pueblo à quien tan ruin-

mente vendiera.

Mas apartemos los ojos de tan grandes mas apartemos los ojos de tan grandes miserias, para fijarlos en el jóven Justicia, que preso al salir de su córte, y conducido al alojamiento de Vargas, y puesto en capilla (sin forma de proceso) en el aposento del cabo castellano Bobadilla, hizo el camino del patibulo, recorriendo las calles de la Sombrereria y Arco de Toledo.

Frente à las galerías de su palacio (cuyo ingreso daba à la plaza del Justicia), se levantó el cadalso, y alli, al torpe filo de la cuchilla, que repetidas veces des-cargó el verdugo sobre el cuello de su victima, rodó desde el tajo su cabeza, que ningun aragones vió caer, pero cuyo gol-pe resonó con horrible estremecimiento en el corazon de los hijos de aquel reino. Todos (al decir de un escritor contemporaneo), creyeron que la suya propia se desprendia de sus hombros al saltar la del jóven magistrado, y que la segur que á cercen la segara, cortaba así mismo la de sus venerandas libertades.

Mucho tiempo ha trascurrido ya desde tan horrible espectáculo, pero su recuerdo debe de dia en dia renovarse al calor de nuestra indignacion, ya que no de nuestro despecho. No lo olvidemos jamás ni nosotros ni nuestros hijos, porque en el ódio de la tirania se alienta y vigoriza

el amor de la libertad.

Jóven é inesperto , vióse sorprendido el noble mancebo por la dignidad de un cargo que por espacio de mas de un siglo venia como vinculado en su casa; empero sin que la sorpresa conturbara su espíri-tu, ni la dificultad de los tiempos, mas que nunca azarosos y llenos de turbacion, le detuvieran en su camino

La madurez de su razon habriase adelantado sin duda a sus pocos años, porque los pasos todos de su conducta llevaron (en tan dificiles circunstancias) el sello, no solo de la prudencia mas acabada, sino de la buena sazon y del acierte. No se limitó en las árduas cuestiones que su corte agit ron à conservar su irresponsabilidad, siguiendo el dietamen de sus asesores, sino que asegurando la indepen-pencia de estos, hasta donde nunca se ha-

PLIEGO 6

bia visto asegurada en ocasiones anteriores, los conjuró secretamente y en el seno de la mas intima confianza, à que por temor ninguno torciesen la rectitud de su buen juicio, pues contra todo linaje de recelos y de inquietudes sabria ponerlos à salvo, asumiendo para si toda la respon-sabilidad de sus fallos, todas las eventualidades de los sucesos.

¡Y habra quien despues de esto pueda poner en duda la noble hidalguia de su caracter? ¿Tantos son los ejemplos de esta indole que registra la historia en conflic-tos iguales à los que agitaron entonces nuestro reino?

Pues aun así, se ha intentado mancillar la memoria de nuestro Gran Justicia don Juan Lanuza, en estos infelicisimos tiempos que corremos, donde toda indignidad pos que corremos, donde toda indignidad tiene su asiento y reinan sus rivales la prevaricación y la apostasia y cuantas ruines pasiones pueden gangrenar y envilecar nuestra raza, cuando son la base (segun hoy acontece), de todo encumbramiento y glorificación. Hasta el talento y la ciencia viven entre nosotros al servició y devoción de la imporniidad y del exceny devocion de la inmoralidad y del excep-ticismo; y del centro de esta cloaca de in-munda corrupcion, ha salido mas de una voz contra la inmaculada fama de tan austero repúblico.

La declaracion del fuero de Calatayud, con tanta reflexion y estudio examinada, y con tan santa independencia resuelta,

ha sido uno de los Actos forales mas so-lemnes de nuestra historia política.

Los de la Union, en sus diferentes épo-cas, en nada lo aventajaron, siendo de notar que tambien en esta, como en alguna de aquellas, emplearon el soborno y la perfidia sus malas artes para enflaquecer las huestes de la lealtad, y que en unas y en otras, húbose de echar mano de tropas estranjeras para poner la victoria del lado de la tirania.

Lo mismo bajo Pedro IV que bajo Felipe I, hicieron alarde los traidores de su traicion, y los ricos-hombres se dividieron en bandos, y se engalanó la alevosía con títulos de honor, y se premiaron los ase-sinatos con grandes mercedes.

Contra tan ruínes como poderosos ma-nejos alzóse nuestro jóven Lanuza, enar-bolando el pendon del reino, y apellidán-dolo á la defensa de sus venerables fue-ros. Débil, menguada y turbulenta fue la hueste que pasó en muestra en el Campo del toro; confundidos entre los leales vió à muchos traidores, dentro de las mismas filas de sus tercios, puestos al acecho por el mismo Santo Oficio, para espiar toda ocasion de trastorno; y casi seguro de la catástrofe que le amenazaba, púsose al frente de aquellas tropas tan inseguras como indisciplinadas, resuelto á afrontar denodadamente su mala fortuna.

De credo en credo (segun su gráfica frase) se sucedian los escandalos de la indisciplina y los sintomas de rebelion hasta que, apurados los recursos de su autoridad, abandonó à los que tan mal la reconocian, acogiendose con el diputado Luna á la villa de Epila, residencia enton-

ces de su anciana madre.

Alli, consultando con su propia honra y anteponiendola à la conservacion de su existencia, dió aquel celebre Manifiesto, que segun los realistas de su época, lo

arrastró al patibulo.

En el declaró que había convocado al reino contra el desafuero de la invasion de Vargas, y que solo la imposibilidad de sobreponerse à su indisciplina le habia obligado à abandonar la hueste à pesar de tener por santa aquella insurreccion y por legitima su resistencia al monarca.

Acto grande de abnegacion, con el que poniendo a salvo la dignidad de su eleva-

da magistratura y su buen nombre, es- | UNA CIUDAD DEBAJO DE TIERRA peró tranquilo los sucesos al amparo de

su propia conciencia!

Entrada por armas la ciudad de Zaragoza, pero satisfecho de haber cumplido con su oficio hasta donde sus fuerzas alcanzaron, todavia insistió en no abandonar su cargo, (que continuaba en pie) sobreponiendose al triunfo de la invasion; é invitado por el jefe mismo de las fuerzas invasoras, que reconoció con esto la legitimidad de la resistencia, regresó à su Corte donde administrando justicia fué preso por el capitan Velasco Alcayde de Almuñecar, puesto de aviso en los pátios del palacio de la Diputacion, como quien sin cuidado alguno especial, recorria por mero entretenimiento varias estampas, que colgadas de sus paredes, estaban espuestas á la venta pública.

Esta insistencia en ejercer su magistratura despues de su derrota, se habrá tomado acaso por algunos como una muestra de asentimiento al vandálico proceder de aquel monarca, pero ni semejante cargo puede compadecerse con sus solemnes y reputadas protestas en este punto, ni continuando en toda su fuerza y vigor la institucion del justiciazgo, podia el Jus-ticia dejar desierto el desempeño de sus funciones. Huyendo de su tribunal hubie-ra puesto á salvo su persona de todo daño, pero su fama habria quedado manchada con la fea y cobarde nota de su desercion; y el acto de presentarse en Zaragoza para arrostrar, sin mas defensa que su toga, las iras del vergonzoso Felipe, prueba su inquebrantable fortaleza y los altos quilates de su heróica abnegacion.

Sin forma alguna de juicio y sin tomar en cuenta tampoco las protestas que hiciera de su indemnidad foral, se vió poco despues conducido al patibulo, desiertas las calles de la ciudad augusta, cerradas las puertas y ventanas de sus edificios, y sin mas espectadores de aquel gran crimen que los esbirros asalariados de Fe-

lipe el prudente.

El duelo en todo el reino fue universal, y sobrecogidos de terror y temerosos aun de su piedad solemnizaron los frailes me-nores de San Francisco, la conducción de su cadáver, llevado en andas por los Cabos castellanos de mas euenta al enterra-miento de su familia, donde por espacio de tres siglos yacieron olvidados sus venerables restos.

Arrasadas sus casas y sembrado de sal el terreno que ocupaban, aun intentó el Escurialense llevar à mas estraño término su ensañamiento, infamando la memoria de tan llustre familia con la marca del condado de Plasencia y un hábito de Santia-go que ofreció al hermano de nuestro malogrado Justicia, y que este no dudó aceptar de las propias manos de su asesino para perpetuo testimonio de tan villana indignidad.

Con ella se honraron los blasones de su casa, por los que se apellidaban sus descendientes, pero... ¡que le sea ligera la tierra que viene cubriendo sus cenizas! porque los hijos de aquella corona no han de llevar sus rencores mas alla de la

tumba.

Por lo demás, ningun aragones ha de investigar donde yacen; y el escudo de armas que cubra su huesa nadie ha de mirarlo sino para compadecerlo, pero sin que su compasivo recuerdo humedezca con una sola lágrima la losa que ostenta tan infelicisimo blason.

MANUEL LASALA.

Paris 10 de Enero de 1865.

Ya que Paris está triste en la quincena despues de pascuas, como un convidado despues del festin:

Ya que la conversacion rueda informemente sobre la Encíclica, documento de-

masiado sério.

Por qué no hemos de dejar un momento el suelo por las escavaciones, la tierra por los subterráneos, el presente por el pasado milagrosamente descubierto?

Paris está triste... Pues hagamos como los romanos cuando estaban alegres...

vamos á Pompeya.

oppes no estavierment Pero no os llevamos lectores á una capital, porque para eso mas valdria no sa-

lir de la antigua Lutecia.

Pompeya fue una ciudad pequeña, de 30.000 almas a lo mas. Su puerto diò abrigo en otro tiempo á la flota de P. Cornelio. Tácito y Séneca la han declarado célebre. Ciceron poseia en ella una casa de que nos habla en sus cartas. Augusto envió allí una colonia romana. Y el emperador Claudio la adornó con una villa deliciosa.

Alli murió uno de sus hijos que pereció

por un motivo muy singular.

El chico se entretenia en arrojar al aire peras y cogerlas con la boca cuando caian. Una de ellas lo ahogó hundiéndose en

la garganta. ¡Fue aquella una pera de verdadera an-

gustia!

Pero no se crea por eso que los chicos napolitanos han escarmentado de tal entretenimiento; solo que hoy lo hacen con higos pequeños, y así no es tan peligroso.

10.7577 No hay catástrofe grande que no haya tenido sus prodromos.

Pompeya, que fue sepultada por el Ve-subio el año 79 de la era cristiana, habra experimentado el 63 antes de la misma un gran terremoto.

Muchas casas se hundieron.

Y la poblacion se apresuró á huir de tan peligrosa morada.

Pero, disipado el terror, los pompeya-nos volvieron; y la ciudad estaba ya del todo reedificada, cuando llegó el terrible azote que la enterró para diez y ocho

En un libro notable por su estilo y claridad, Pompeya y los pompeyanos, se en-cuentra la relacion del desastre; y rogamos à su autor, Mr. Marc Monnier, que nos permita transcribir algunas lineas de su elocuente y veridica descripcion.

La erupcion del Vesubio que invadió à

Tuvo lugar durante una fiesta de gla-diadores el 23 de Noviembre del año 79.

El testimonio de los antiguos; las ruinas, que muestran las capas sobrepuestas de cenizas y de piedras; los esqueletos sorprendidos en la actitud de la agonía ó de la muerte, itodo nos cuenta la catástrofel

Se oyó en las calles el grito: «jarde el

Vesubio!»

Tratan los pompeyanos de salvarse. Pero, tras un diluvio de cenizas, cae un dilluvio de fuego... ¡podria decirse que de nieve ardiendo!

Huyen los habitantes en todas direc-

El anfiteatro, donde se celebraba la fles-

ta, queda despoblado en un abrir y cerrar de ojos... solo quedan los gladiadores muertos!

Uno de los fugitivos cavó hácia adelante, vueltos los pies á la puerta de Hercu-lano; otro de espaldas con los brazos alzados: llevaba en la mano 69 piezas de oro y 127 de plata.

Una mujer con un niño en los brazos, se había acogido á una turba; y la erup-

cion cerró esta sobre ella.

Un soldado, fiel à su deber, habia permanecido de pié en su puesto delante de la puerta de Herculano, con una mano en la boca y otra sobre su lanza; así pereció valientemente.

Todos han sido encontrados en su últi-

ma postura.

La familia de Diomedes se habia reunido en el sótano, donde diez y siete victi-mas, mujeres, niños y una jóven cuya garganta se incrustó en la ceniza, fueron sepultados en vida, apretados los unos contra los otros, muertos violentamente por la asfixia, ó acaso lentamente de hambre.

Arrio Diomedes se habia puesto en salvo solo, abandonando su casa y llevando consigo un esclavo con su tesoro, pero cayó como herido del rayo delante de su

jardin.

¡Cuantos mas hubo cuya última hora se nos ha revelado! El sacerdote de Isis que, envuelto por las llamas y no pudiendo salvarse por la calle incendiada, rompió dos paredes con una hacha y cayó de-lante de la tercera; estenuado ó derribado por el diluvio, exhalando el último suspi-

ro sin soltar el hacha de la mano.

Y el mulo de la panaderia, los caballos
de la posada de Albino, la cabra de Sivico que se acurrucó en el fogon de la cocina... donde últimamente se la ha encontrado, con su campanilla colgada al cuello...

Y los presos de la caserna de los gla-diadores, sujetos al cepo de hierro que les apretaba las piernas... Todo ha sido hallado despues de miles

de años, en la actitud suprema hecha eterna por la muerte, incluso los dos amantes que quedaron estrechamente abrazados, en un trasporte sublime y resignado, delante de una tienda cerca de las Termas.

¡Qué noche y qué amanecer! añade Mr. Marc Monnier. El dia volvió; pero no para Pompeya,

semejante á un aposento cerrado y sin

Plinio el jóven que ha descrito la catástrofe, oia desde Miseno los gritos de los niños, los hombres y las mujeres que mútuamente se llamaban...

Despues cayó una lluvia de cenizas tan espesa, que á siete leguas del volcan era preciso sacudirse sin cesar para no morir ahogado ...

Llegó hasta el Africa.

Obscureció el sol de Roma, y los romanos aterrados, pronunciaron esta lúgubre frase: es que el mundo se vuelve de lado...

Nada tan admirable, dice Mr. Marc Monnier, como la conservacion de los cuerpos de los pompeyanos... El Vesubio es un embalsamador muy

superior à los egipcios.

Las momias egipcias están desnudas; son negras, asquerosas : no tienen nada

de comun con nosotros.

En Pompeya, bajo aquellos sudarios de pasta, que reproducen lo que el tiempo habia destruido, lo que la ceniza húmeda ha conservado, se vuelve à hallar el vestido, la carne... casi la vida.

En el año último, los obreros de las es- | cavaciones descubrieron cuatro cadáve-

Todo el mundo puede verlos hoy en el museo de Pompeya : no son estatuas, son cuerpos humanos en un molde de lava....

Uno de ellos es el de una mujer, cerca de la cual se han hallado noventaiuna monedas, dos vasos de plata, llaves y alhajas. Se ve que iba huyendo con estos obetos preciosos cuando cayó en la calle. Está echada sobre el lado izquierdo: se distingue muy bien su peinado, el tegido de sus vestidos, y dos anillos de plata que aún conserva en el dedo : en una de sus manos, que está rota, se ve la estructura celular del hueso : el brazo izquierdo quiere alzarse y se retuerce : la mano está crispada y parece que sus uñas han en-trado en la carne : todo el cuerpo parece contraido : solo las piernas, muy delgadas, están estendidas. Se conoce que reluchó largo tiempo entre sufrimientos horribles: su actitud es la de la agonia, no la de la mnerte.

Tras ella habian caido una mujer y una jóven: la de mas edad, la madre acaso, era de humilde nacimiento á juzgar por la anchura de sus orejas; no llevaba en el dedo mas que un anillo de hierro; su pierna izquierda levantada y dobla la demuestra que ella tambien sufrió, menos sin

embargo que la noble dama.

A su lado, como en un mismo lecho, está acostada la jóven; la una á la cabeza, la otra á los pies; sus piernas se cru-zan. Esta jóven, casi niña, produce una impresion estraña: se ve muy distintamente la tela, el tegido de sus ropas, las mangas que le cubrian el brazo hasta el puño, algunos desgarrones aqui y allà que dejaban al aire sus carnes y el bordado de los zapatitos que calzaba; se ve sobre todo su última hora, como si se asistiera á ella bajo la cólera del Vesubio; se habia echado la ropa sobre la cabeza, como la hija de Diómedes porque tenia miedo; habia caido, al correr, con el rostro en tierra; y no pudiendo levantarse, habia apoyado sobre el brazo su hermosa y jóven cabeza. Una de sus manos está entreabierta como si hubiese tenido alguna cosa, tal vez el velo que la cubria. Se ven los huesos de sus dedos que atraviesan la lava. El cránco está limpio y luciente, las piernas alzadas y una encima de otra: la pobre niña no debió padecer mucho tiempo, pero es la que causa mas lástima; no tenia aun quince años.

El cuarto cadáver, dice M. Marc Monnier en su notable compendio, es el de un hombre, una especie de coloso. Se habia echado de espaidas para morir impávidamente: sus vestidos perfectamente señalados : sus calzones ajustados enteros : las sandalias atadas á los pies: el anillo de hierro en la mano.

Hay algo de marcial y de resuelto en

este hermoso cadáver. Es la muerte vista en el acto á través de diez y ocho siglos.

De la ciudad tragada por la tierra na-

die se ocupó el año 79. Los habitantes que pudieron salvarse practicarian algunas escavaciones en bus-

ca de sus tesoros, pero nada mas. El emperador Tito pensó por un mo-mento descombrar y resucitar á Pom-

Pero Roma tenia otras muchas cosas que la preocupaban mas que la pequeña el de casada, es decir, empleada activa,

ciudad perdida, que pronto desapareció bajo las viñas.

Crecieron los vergeles en la superficie. Un bosque espeso se alzó sobre el suelo que le servia de mortaja.

Los siglos se acumularon,

Y Pompeya quedó perdida..... los pocos sabios que conocian su nombre no sabian à punto fijo donde colocarla.

...

En 1748, bajo el reinado de Carlos III, unos labradores tropezaron en piedra con sus azadas y desenterraron algunas está-

El coronel D. Roque Alcubierre pidió al

rey permiso para registrar ...

El rey le dió doce presidiarios, que se encargaron de interrogar à la arcilla... Y así se volvió á encontrar á Pompeya.

Las investigaciones, descuidadas durante muchos siglos, se prosiguen hoy con regularidad. Nada mas animado que este trabajo. Los hombres cavan la tierra, y acude, cesta en mano, una nube de mu-chachas campesinas reclutadas en los pueblecillos cercanos...

Llenan sus cestas de tierra, de cenizas y de lapillo. Muy pintorescas con sus harapos de colores chillones, andan á largos pasos, marcados por el movimiento de sus descalzas piernas que tiemblan al apoyar-se en ellas, mientras sus brazos, como caneforas, sostienen sobre su cabeza la pesada carga que no basta á doblegarlas.

Y todo esto concuerda con los monumentos que aperecen poco á poco bajo la tierra á medida que el suelo se rebaja. Si los curiosos estranjeros no turbasen de tiempo en tiempo esta armonia, podria creerse en medio de aquel paisaje virgi-liano, entre la frondosidad de las viñas, frente al humeante Vesubio, que todas las jóvenes trabajadoras, que van y vienen de un lado para otro, eran las esclavas de Pansa el edil ó del decenviro Holconio.

No os hablaremos de los objetos encontrados en Pompeya: no hay una mujer de nuestros dias que no tenga entre sus alhajas, algunos pendientes, hevillas ó brazalete imitando el estilo de aquella época. La moda ha adoptado con furor los modelos desenterrados de la lava al cabo de mil ochocientos años; y si quereis una elegante imitation de las casas de aquel tiempo, id à ver la casa romana que el principe Napoleon ha hecho construir en la alameda Montaigne, ó el hotel de mon-

sieur Milland, en la plaza de San Jorje, que parece que han pertenecido á algun pompeyano. (Le Petit Journal).

SECCION RECREATIVA.

LAS VIUDAS,

De tocar las castañuelas, mas vale tocarlas bien que tocarlas mal: de escribir articulos, mas me cuadran los femeninos que los masculinos, y no ciertamente por-que yo tenga nada de lo primero, sino porque à fuer de varon soy imparcial y no me tira mi sexo sino el contrario. Escribamos, pues, de, con, por, sobre las mujeres. Y no teman que vaya a presentarlas en toda su desnudez (eso quisieran ellos), sino al contrario, cubiertas de negras y venerandas tocas; voy á considerar la mujer en estado civil, que como todos sabe-mos son tres; el de soltera ó pretendiente,

y el de viuda, que es como si dijéramos, cesante o jubilada. ¿Que español no ha pasado por uno de estos tres estados?

Parecia lo natural que yo empezase por el principio, por las solteras, pero à ley de buen compañero debo dar la preferencia a las viudas: auche io son pitore, tambien yo soy cesante. Ea, compañeras mias, venid acá y no gimoteeis ni me hagais pucheritos, que de mi no teneis nada que

¿Sabeis, hermanas, quién fué la prime-ra de vuestra respetable clase? ¿No? Pues tampoco yo lo se a punto cierto, pero presumo que lo fue nuestra madre Eva, que era la mas joven de ambos esposos. En esto no puede haber duda, porque sabido es que la primera mujer fue formada de la costilla del primer hombre, lo cual no lo traigo à colacion para charos en cara un huesecillo de mala muerte, cuando se que os habeis apresurado á pagarlo con usura y con tan rara modestia que lo callais en vez de proclamarlo, y con disimulo tan fino, que así como nuestro buen padre Adan no reparó en el deficit, tampoco sus hijos reparan en el superabit. Y haceis bien, porque el hombre es tan ingrato que quiza no apreciaria como es justo vuestros desvelos por amortizar la deuda contraida por mama en el Paraiso. Pero dejando esto, no digo á un lado, sino al otro lado del mar, lo mas lejos posible, iba diciendo, hermanas, que siendo la mas jóven la tentadora Eva, debió de tener, natural-mente, la desgracia de sobrevivir à su esposo, perifrasis de ordenanza, aunque no faltan algunos cruditos, segun los cuales, Adan no solo murió primero, sino jóven todavia, de un atracon de manzanas. Despues de haber hecho el buen señor tantos melindres sobre si comeria o no comeria una manzana, se echó la cuenta del perdido, y dijo para su hoja de parra: «Preso por mil, preso por mil y quinientas» «ya no ha de ser el cuerpo mas negro que las alas,» «y á donde ha ido el mar que yayan las arenas,» lo cual, à ser cierto, probaria, entre otras cosas, que Adan tenia sus nociones de aritmética, que conocia los cuervos y habia reparado en que eran enteramente negros, y que no debia de caer el mar muy lejos del Paraiso. Y asi tenia que ser: al menos si yo hiciera un paraiso, lo hariajunto al mar, pero suprimiria los cuervos y aun la aritmética.

Queda, pues, sentado que nuestra pri-mera mamá fue tambien la primera viuda; pero si esta averiguacion es útil para el escalafon de la clase, por lo demás no nos importa un bledo. ¿Cómo ha de servirnos de tipo una viuda en cuyo tiempo no babia duelos ni carros de pompas funebres, ni sacramentales, ni novenarios, ni-lutos, ni una mala viudedad? Con todo el respeto que tenemos á nuestra madre Eva, es preciso convenir en que fué una viuda salvaje, aunque no tanto como las que hasta en nuestros tiempos se arrojaban con todas sus joyas y alhajas al hoyo en que enterraban à su marido, y alli, devoradas por las llamas, perdian la vida, que no querian conservar sin su esposo. Cáspita con las salvajes! Esto será muy bárbaro, pero es heroico, sublime y bastante lisonjero para el amor propio mari-

tal. Por aca las cosas pasan de otro modo. Por de pronto, la viuda, mucho antes de serlo, mucho antes de casarse, piensa en la viudez, no para atentar contra su vida, sino para pasarla con toda la posible co-modidad. Por eso, apenas presumen la hija y la madre que algun incauto tiene buenas intenciones, que frecuenta la casa con buen fin (¡infeliz!), cuando una de las primeras cosas que procuran averiguar es si el presunto novio deja ó no viudedad. No tienen necesidad de preguntárselo direc-



GOETHE (AUTOR DEL FAUSTO.)

tameme, porque no hay soltera que no susted que no he dejado nada por hacer, sepa al dedillo que sueldo, que edad, que sellamó a los primeros espadas de grado ha de tener el cuitado para dejar sque se llamó a los primeros espadas de consignada despues de su muerte una pension sobre las rentas del Estado mientras conserve el de viuda la que desde soltera pensó en esta horrible desgracia. Este conocimiento las sirve de mucho. ¿Cuántas veces prefiere la niña á D. Facundo, que tiene mas años y menos dientes que D. Pepito, solo porque el uno deja viudedad, y el otro solo deja viuda? Otras vemos que la boda camina muy despacio, y otras se lleva à paso de carga. Si el novio tiene una sola estrella en el brazo, hasta que se verifique una conjuncion, no hay que pensar en casarse, porque es preciso ser capitan para que la capitana cargue sobre nuestro robusto presupuesto de la Guerra: pero si el candidato anda frisando con los sesenta, entonces no hay que perder instante, porque la viudez està muy cerca; pero si se descuida, la viudedad voló. Por supuesto que la novia y los papás jamás hablan de tan delicado asunto delante del futuro, y si este saca alguna vez la conversacion de viudedad, le interrumpen à coro, diciendole: «¡Jesus qué nocurrencia! vaya, no hable V. de se-»mejante cosa; jquién piensa en eso! no »lo permita Dios! ¡V. si que tiene tra-»zas de enterrarnos à todos!» etc., etc., con cuya frascologia el pobre pazguato queda confundido, y aun avergonzado de haber tocado semejante cuestion.

Pero yo me he propuesto hablar de las viudas, y estoy hablando de las solteras: no lo puedo remediar, me gusta el pan cuanto mas tierno mejor.

Mojemos la pluma en tinta muy negra; pongamos el rostro compungido. El caso no es para menos. Ni la meopatia, como dicen algunas viudas, ni las cantáridas y sanguijuelas lograron salvar la vida del pobrecito.

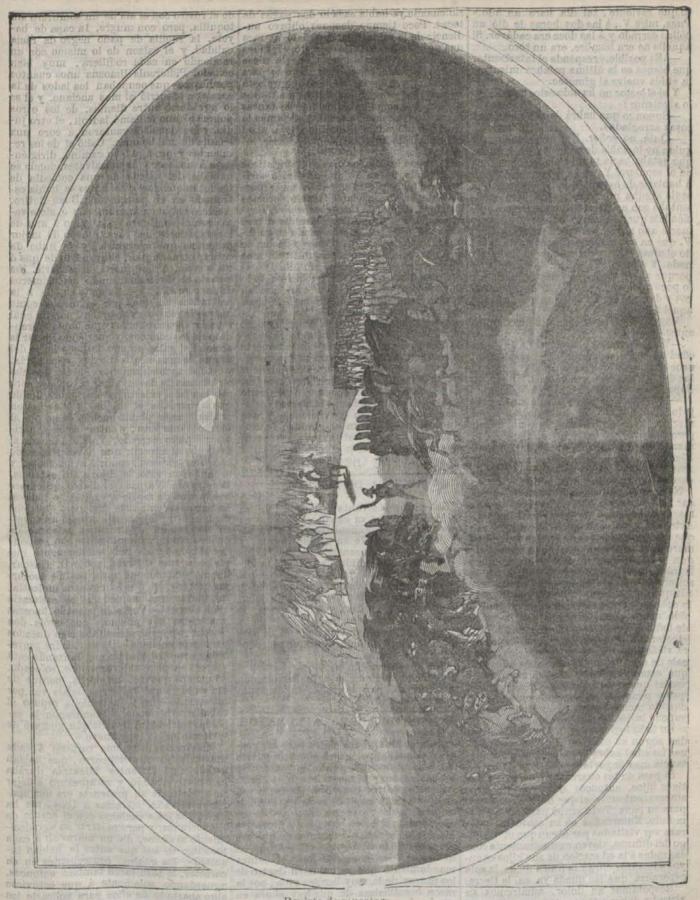
«¡Y cómo le atormentaron por ambos sistemas!" exclama la viuda, llena de satisfaccion: «ese consuelo me queda: crea cariñoso, tan bueno, tan...

»Madrid (¡vaya un modo de señalar a los emédicos!), pero nada: cuando la cosa »viene derecha...» (Aqui la viuda se aplica el pañuelo á los ojos y solloza.) Entonces cae sobre ella un chaparron de consuelos que la dirigen los asistentes al duelo. Todos están unánimes en que la cosa no tiene remedio, y en que por lo mismo no debe afligirse. Lo primero es innegable; pero lo segundo no parece muy lógico, porque justamente los males que no tienen remedio son los que mas deben afligirnos. ¡Que despropósitos se oyen en los duclos!

Los de las viudas no suelen estar muy concurridos, à no ser que el difunto tuviera el riñon bien cubierto, ó su familia esté en candelero. Entonces no falta nadie al duelo, ni al entierro, ni al funeral; y, seguros de que no han de ser aceptados, todos hacen a la viuda mil ofrecimientos. Pero la viuda muy rica no merece Hamar nuestra atencion. Se casará cuando quiera, y generalmente quiere casarse lo mas pronto posible. Solo observamos en ella un punto de semejanza con las demás de su clase.

Todas las viudas, ricas y pobres, jóvenes y viejas, feas y hermosas habian mal del difunto. Quizá sorprenda esto a muchos cuando comunmente se llama dia de las alabanzas al de la muerte, pero el que lo dude que observe y verá como en me-dio de los sollozos y de las lamentaciones se suelta alguna saeta contra el pobre marido. Y mientras observa, nosotros re-frescarémos su memoria. ¿Quien no ha oido algunas palabras parecidas á estas, que se cruzan en casi todos los duelos en-

que se cruzan en cast codos los dielos en-tre el doliente y la dolorida?
—¿Con que murió el Sr. D.....
—Si, señor, ¡infeliz de mil ¡Qué hombre he perdido! Figurese V. cómo estaré yo. No habrá otro en el mundo como él. Tan



Revista de muertos.

—Y diga'V., ¿de qué murió?
—¿De qué queria V. que muriera? Ya sabe V. que el pobrecito era muy delicado de estómago. Los médicos y yo andábamos siempre con el á vueltas para que no sallese de su ternera asada y alguna fruta en compota, porque en haciendo el menor esseso. Va se sabia cólica al canto Pues esceso... ya se sabia, cólico al canto. Pues

él no se queria privar de nada y se atra-caba de porquerias. Él... pimientos, él... melones, el... café á todo pasto, y así el pobrecito mio cada dia estaba peor. Ulti-mamente, llegó el dia de Todos-Santos, y al sentarnos á la mesa me pra unta si se han traido buñuelos.—Dejate de buñuelos, hombre, ya sabas que ta hacen daño hombre, ya sabes que te hacen dane .-

Qué daño ni que calabazas, me respondió, y mandó al criado que trajese tres libras. Ya sabe V. que tenía un genio muy fuerte, yo no me atrevi à oponerme, trajeron los malditos buñuelos, y por mas que yo le decia: «Juan, no los comas, mira que te van à hacer daño,» se engulió lo menos dos libras, y al concluir dijo: «Si revien-

to que reviente, tal dia hará un año.» Pues, mire V., á las dos horas le dió un cólico cerrado y á las doce era cadáver. Si aquello no era hombre, era un toro.

-«Es posible,» responde el interlocutor que piensa en la última palabra mientras

la viuda vuelve al gimoteo.

Y si el lector no ha oido esto, habrá oido

lo siguiente :

—Supongo que habrá dejado todas sus cosas arregladas.

Quiá, no señor. Eso creen todos. ¿Y quién no lo había de creer de un hombre que estaba hacia tanto tiempo con un pié en el sepulcro? Ya se ve, yo no me atrevia á hablarle de esto porque no creyese que tenia alguna mira interesada, y me contentaba con echarle alguna indirecta, diciéndole que por hacer testamento no se moria uno antes; pero él ni por esas. Crea V. que en sus últimos años se habia echado el alma atrás y no se le daba nada por nada. Y el caso es que nos ha fastidiado, porque ahora tiene que venir la justicia y lo poco que queda se va á ir entre músicos y danzantes. Yo no sé en que pensaba aquel hombre. Vaya otro ejemplo, por si no bastan los

anteriores.

—Vamos, señora, cálmese V. Ya de su edad no podia esperarse otra cosa, y al cabo otras hay mas desgraciadas, porque los duelos con pan son menos. Digo, yo supongo que la habrá dejado á V. bien.

-Ojos para llarar es lo que me ha dejado, señor mio. Vds. no conocian á mi marido. Era muy bueno, era un angel; pero parecia que tenia un agujero en la mano. Yo no se qué hacia del dinero. Bien que si lo sé, pero una es prudente y mas vale callar. Dios se lo pague á la pi-

carona que tiene la culpa.

No acabaria nunca si hubiera de recordar todo lo que he oido en casos semejantes. Estoy seguro de que aun la misma Artemisa habló mal de su difunto, y eso que fué una viuda tan sentimental y enamorada. Es su comidilla: una revela al-gun padecimiento que el pobre hombre logró ocultar durante su vida, otra le achaca la perdida de su salud por la mania que hubo de hacerla madrugar, esta le echa en cara ó en tumba que no ha sabido educar á sus hijos, la otra le tacha de hablador, de ligero, de destrozon, etc., etcetera. Y el caso es que como la censura viene envuelta en tantos elogios, como sale de unos labios tan cercanos á los ojos que están llorando de pena por que no ven al que tenia aquellos vicios, no hay quien ponga la menor duda en que eran cuando menos tantos y tan grandes como

supone la inconsolable viuda. En todo lo demas se distinguen las viudas segun su edad, su figura y su fortu-na. La edad sobre todo, esa es la circuns-

tancia mas importante.

Si pasa de los cuarenta y no es rica y tiene hijos, entonces si que su dolor es sincero, entonces si que no hay consuelo para su pena. Todo acabó para ellas en el mundo, Encerradas en su modesta casa, rara vez visitadas por algunque otro amigo del difunto, vieven exclusivamente consagradas á la educacion de sus hijos en cuyos adelantos cifran la única dicha, la sola

esperanza que las queda ya en la tierra.
Respetamos su dolor, admiremos su
virtud y dejémoslas ocupadas en su santa

¡Qué diferencia entre ellas y esas otras viudas osadas, impertinentes, que corren todo Madrid explotando las relaciones de su esposo y abusando de los fueros de la viudez!

Ahi está la viuda de Hinestrosa, escribiente de Hacienda, que no me dejará

rio cuando ya habia sacado dos pagas de tocas. Poco tiempo despues obtuvo audiencia de la reina que la señaló al mes una onza de su bolsillo secreto, despues consiguió de cierta duquesa que la diese cuarto de valde, luego sacó una veca para el chico; y á pesar de eso siempre está llorando miserias y quejándose de tantos desengaños como ha sufrido y de tantas ingratitudes como ha visto, y ni jamás lo pasó tan holgadamente como ahora, ni su pobre marido tuvo ocasion de hacer in-

Tales son los rasgos mas característicos de la viuda. Jóven ó vieja, verde ó amarilla, rara es la que no trata de sacar partido de su inconsolable estado, prolongando el tiempo de luto, si el negro la sienta bien, con el propósito de aspirar á una segunda cesantía, ó interesando en su fa-vor las almas caritativas que se duelen de su infortunio. La viudez es un titulo mas que cotizar en la bolsa del mundo.

Ya he dicho que en esto, como en todo hay escepciones. Algunas viudas quedan verdaderamente desamparadas. Pobres, con hijos que piden y no hallan pan, ar-rastran sobre la tierra una existencia de lágrimas y dolores, aguardando resignadas á que el cielo las envie con la muerte el solo consuelo posible para su desgracia.

De esas no quiero hablar en este articulo : su retrato descompondria mi cuadro. La honda pena de su corazon desgarrado no es para confundida con la afectada tristeza, con el dolor de conveniencia y con el insoportable lacrimoso gimoteo de tantas viudas como en este mundo provocan, mas que la lástima, la risa de

DEMOCRITO.

REVISTA DE MUERTOS.

Una noche se levanta Napoleon I de su tumba, monta en su caballo, se coloca en una eminencia, se encuentra con el séquito de esqueletos de su estado mayor, y rodeado de él, presencia el desfile de los cadáveres de sus soldados que dejó tendi-dos en los campos de batalla de Europa: ejército inmenso, legion innumerable de víctimas sacrificadas á la ambicion de un hombre y á la costosa y triste gloria de los triunfos militares.

Ese es el asunto de la balada de un poeta y del dibujo de un artista que reprodu-

ce nuestra lamina.

Puede esa imágen servir de leccion á los pueblos que aun se entusiasman con las guerras, pagadas á costa de tanta sangre y sacrificios.

EL MERCADER DE LA CALLE MAYOR.

Eran en Madrid dos siglos hace las gradas de San Felipe lo que ahora la puerta del Sol, es decir, el punto de reunion de del Sol, es decir, el punto de reunion de los holgazanes y el mentidero de la córte. Bajo este postrer concepto, sin embargo, cada café de la capital, cada gabinete de lectura, cada redaccion de periódico es una puerta del Sol hoy día. Afirmar se puede sin escrápulo de conciencia que son al presente mucho mas copiosas que en lo antiguo las trasgresiones del octavo mandamiento que se cometen dentro de los muros de la muy heróica villa, por la razon sencillisima de que hay ahora en ellas mas andaluces que antes, mas diplo-máticos, mas pretendientes, mas hambre, mas vendedores, mas poblacion, en fin, y por consiguiente, mas que mientan.

Una mañana, pues, en aquellos tiempos en que contaba Madrid menor número de mentirosos que en la época que alcanzamos, subia pausadamente las gradas de la lonja de San Felipe un hombre de edad

do el rostro con el ala de un sombrero sin toquilla, pero con mugre, la capa de bayeta, la ropilla de paño negro de récia calidad, y el calzon de lo mismo con un remiendo en cada rodillera, muy bien echado. Pidiéronle limosna unos cuantos pordioseros que ocupaban los lados de la escalera; socorrió al mas anciano, y él se lo agradeció entre dientes; de los otros pobres el uno le llamó ladron, el otro judio, y los demas le cantaron á coro una letanía de maldiciones. Calló el de los remiendos y prosiguió su camino, dirigién-dose à un corro de mozalvetes, donde se hablaba del mérito de una comedia de Calderon que dos dias antes se habia estrenado en el palacio del Buen-Retiro. Acercose el buen hombre seis ó siete veces con el sombrero en la mano à uno de los caballeros del corro, jóven de mejor presencia que vestidura, y se hubo de retirar otras tantas, convencido de que ó no le veia, ó no queria escucharle. Iba en esto el jóven analizando los primeros de la comedia, y señalando en ella á la par tantos defectos por lo menos como rasgos ingeniosos celebraba, para lo cual repetia algunos versos que habia aprendido de los cómicos; y queriendo imitar la accion del galan en uno de los pasajes del drama de mas efecto, dió dos pasos atrás, y estendió violentamente el brazo derecho en ademan de desenvainar la espada; pero con tau fatal acierto para el pobre diablo que aguardaba el fin de la disertación crítica, que le plantó encima de un pié el tacon de una bota, y entre barba y nari-ces el puño cerrado. Volvió la cara el mancebo al advertir que habia tropezado con una persona, conoció al paciente, y echando un voto, le dijo: «¿ahí estabais, Mondragon? Válgaos el diablo. ¡Siempre con la vara de medir à vueltas, y todavia no habeis calculado la distancia que debe mediar entre nosotros!» Ahogó un suspiro Mondragon al oir estas palabras de doble sentido, contentándose con responder al caballero lo mas sumisamente que pudo: «si me dijerais, señor D. Gaspar. dónde, y cuando me seria posible abocarme con vos, sin que os causara molestia, me harias una merced que os estimaria en el alma.»—«Yo había pensado haceros una visita hoy mismo, » contestôle don Gaspar, «porque necesitaba cien ducados para esta noche.»—«Os los tendré prevenidos,» replicó Mondragon, lanzando esta vez el suspiro anteriormente sofocado. «Supongo que ireis de noche, porque de dia ya se yo que nunca os dejais ver por mi casa,»—«Iré à la noche,» repuso el caballero volviendo à Mondragon la es-palda, «y decid à Beatriz que gustaré de

oirla cantar un tono nuevo.»

Mondragon hizo una cortesia á cada
uno de los jóvenes del corro, que habian estado algo distantes mientras duraba este corto diálogo, y se apresuró á dejar un sitio donde su presencia era una apa-ricion estraña. «Gracias á Dios, me ha dicho que irá,» exclamó con el acento de la esperanza; y para mostrar su agradecimiento al Señor, dió un maravedi á cada mendigo de los que antes le habian insultado, los cuales, consecuentes en su carácter, le insultaron tambien entonces, aguardando solamente à que estuviese algo apartado de ellos para aplicarle los epitetos de logrero, de ruin y de jiboso

por añadidura.

¿Quieren saber nuestros lectores quién era este hombre remendado y mugriento, con toda la sumision de un pobre, y con ciertos visos de poderoso? Sigámosle los pasos, y á pocos saldremos de duda. Véanle ustedes entrar en una tienda de la calle Mayor, abriéndose paso en los compradomentir. Aun no habia pasado el novena- provecta y duros espolones, medio escondi- res con tanta grosería, como atencion y

encogimiento manifestaba no há mucho j en la lonja de San Felipe. Aquella tienda, aquella casa era la suya. Equivocariase mucho quien para formar idea de la tienda de Mondragon escogiese por tipo algu-na de las que ahora vemos en el mismo

No se hable de banquetas elegantes y cómodas; no se piense que alli habria lám-paras magnificas, ni espejos, ni columnas, ni dorados, ni esculturas, ni pavimento de marmol: una pieza baja, estrecha, os-cura, con paredes denegridas, tres escalo-nes que descender para llegar à un piso mal entablado; y por mostrador una mesa larga de pino sin pintar, como la destartalada anaqueleria: esto era en aquella época un almacen de modas en la capital de España, señora de dos emisferios.

Damas de guarda infante, escoltadas de rodrigon y dueña, caballeros de hábito. doncellas de labor, sastres y novios ocupaban la tienda: todos, al ver á Mondragon, le gritan que los despache, y él, con un desabrido aguárdense, responde á to-dos, y se entra á dejar el sombrero y la capa. Presentase despues à la concurrencia calándose un gorro sucio y descolori-do, reparte unos torniscones á los mancebos que manejan los lios, y empieza a preguntar á cada uno de los parroquianos que es lo que quiere.—Estufillas de martas, dice una señora: medias de pelo, dice un pisaverde .- Raso, rasilla, chamelote, colonias, sempiterna, claman á un tiempo los demas, aVayan à chillar à un lavadero, noramala para sus lenguas,» prorumpe Mondragon hecho la segunda parte de su apellido; «á cada uno le llegara su vez.— Que tengo priesa.—El compañero de mas arriba está mano sobre mano: pase usarced allí y se lo agradecerá, y yo tambien que me deje. « Toda esta amabilidad y dulzura empleaban para despachar sus géneros los antiguos mercaderes de Fsaña. Por fin riñendo y contestando, satisface brevemente à todos, les hace pagar lo que quiere, desocupase la tienda, y el mercader se sube á ver á su hija.

Mondragon era un comerciante rico; pero la misma magnificencia se observaba en el atavio de la hija, que en el mostrador y el menaje de casa del padre. Beatriz vestia un hábito de anascote : en su habitacion no se veia, como en las de las comerciantas de abora, piano ni harpa, ni tocador con espejo movible, ni dibujos ó bordados de la señorita puestos en lujosos marcos, ni en su mesa habia mas libros que un Ordinario de la Misa, impresion de Amberes con viñetas, regalo de un canónigo, y el Flos Sanctorum, en letra de tortis. Sabese, empero, por tradicion fidedigna, que la niña conservaba ocultas en su baul la Diana de Gil Polo, las novelas de Montalvan, y un tomo de comedias del

maestro Tirso de Molina.

Beatriz se ocupaba en una labor, en la cual apenas ponia los ojos, porque a la primera mirada que fijó en su padre, conoció que traia que decirla, y así esperaba con ansia el momento en que Mondragon desplegase los labios. No se atrevia á dirigirle una pregunta; pero procuraba de-jar advertir su impaciencia. Mondragon, despues de un rato de silencio, le rompió diciendo:

—He hablado á D. Gaspar. —¡Bendita sea la bondad de Dios! -Le tendremos aqui esta noche: pensaba venir á verme.

¡Ah! bien os decia yo. -Si, necesitaba cien ducados.

-Para eso vienel

Para qué ha de acudir á la casa de un mercader un boquirubio de la córte? Para estafarle su dinero, para afrentarle su hija.

-Padre, por Dios Yo no merezco -¿Cuándo te persuadirás de que á una doncella no le basta ser honrada, si dalugar á sospechas su poco recato? Te han visto hablar á ese hombre que puso en ti los ojos en hora menguada, y has perdido tu reputacion, como si hubieses cometido una culpa grave. El propio, para satisfacer su vanidad, se habra alavado de favores que no ha conseguido ... Para el mundo, Beatriz, estás desconceptuada, deshon-rada; y sí D. Gaspar no te dá la mano, no

hay mas asilo para ti que una clausura.» Beatriz se deshacia en llanto al escuchar estas palabras. Mondragon prosiguió: «Vendrá tu galan esta noche, y si me atrevo à decirle: sois uu aleve si no os casais con mi hija, me responderá: vos sois un villano, y yo no quiero viciar mi sangre mezclándola con la vuestra. Si le recuerdo que le he librado de sus acreedores, y que me he dejado engañar de intento con promesas y firmas que nunca serán satisfechas, para ver si su pundonor le escitaba à reparar el daño que había hecho su loco amor à mi honra, me replicará entonces que todo el oro que encierran mis arcases mezquino premio de tan alto enlace, y que no es culpa suya que tú hayas sido crê-dula, y que yo en medio de la ruindad de mis pensamientos, haya hecho un cálculo desacertado sobre la elevación de su espiritu. Porque, hija mia, yo que fui pobre y que á fuerza de industria legitima y de constancia soy ya opulento, lejos de haberme granjcado el aprecio de los hombres, me he atraido su aborrecimiento y su envidia; y ese jóven insensato, disipa-dor del caudal de sus padres, ese nada ha perdido de su opinion y lustre por su di-solucion y por su imprudencia. La carrera de los honores está abierta

para él, y nadie le hace cargo de haber sumido en la miseria à veinte familias ; y yo que mantengo en una cómeda mediania numerosos dependientes en varios puntos del reino, soy un hombre despreciable para las gentes. El que vive entrampando à todo el el que no le conoce, inspira respeto hasta á sus mismos acreedores, y grandes y pequeños se le quitan la gorra; á mi me escarnecen hasta los mendigos.»

Hay quien afirma que Eeatriz, en tanto que su padre ensartaba esta relacion tan prolija de lastimas, decia interiormente que si los mercaderes se veian tan despreciados a la sazon, tal vez era la causa principal de este desprecio la rusticidad insufrible de sus modales, su ignorancia supina en aquellos ramos que dan cierta blandura y jovialidad al carácter, su avaricia sórdida que les privaba de todos los placeres honestos, y les hacia recrearse en la suciedad y el desaliño, y en fin, la falta absoluta de verdadero espiritu mercantil, que hacia de una profesion util y

Vino la noche, y D. Gaspar, gracias al estado de su bolsillo, cumplió su palabra y acudió à la tienda. Encerraronse en un cuarto la hija y el padre y el caballero ; y bubo alli reconvenciones y gemidos y voces y ratos de hondo silencio, y por último abrazos y lágrimas de la mejor especie. A los dos dias D. Gaspar salia de Madrid en posta con un bizarro traje de ca-mino, y Beatriz cantaba á la vihuela en su cuarto un sentido romance con el tono de la mas dulce y amorosa melancolia.

Algunos meses despues se casaba don Gaspar secretamente en una villa junto à Palermo con una hermosa jóven, y la tienda de Mondragon, en la calle Mayor de Madrid, habia desaparecido. La esposa de D. Gaspar se llamaba Beatriz, y el ad-ministrador de la casa del caballero, era un español de espalda encorvada que se firmaba M. Carreño.

Todo esto fué necesario para que un caballero de aquella época se casase con la hija de un mercader que gastaba calzones remendados.

En el dia un noble hubiera sido mucho menos escrupuloso, porque comerciantes como el suegro de D. Gaspar ya no se usan. Generalmente en las preocupaciones que han reinado contra tal ó tal clase, ha intervenido alguna razon justa, fundada en los vicios ó ridiculeces de los individuos de ella, y por eso la preocupacion se ha desvanecido en el momento en que la clase menospreciada se ha hecho acreedora á mas ventajoso concepto.

J. E. HARTZENBUSCH.

REVISTA DE LA SEMANA.

Poco diremos.

Todo contribuyente cuya cuota llegue à 40 rs., recordará con tristeza la tercera semana de Enero de 1865.

El gobierno exigirá 600 millones.

El pueblo dará todo lo que tiene: ahor-ros, rentas, el sudor de su rostro, el pan de sus hijos. Los pobres tendrán que dar hasta su riqueza imponible.

Pobre pais!

Cual sera el termino de esta situacion? Pero nuestros lectores no querrán que les hablemos de eso. ¿Qué adelantarian con que trazásemos aqui el cuadro de sus próximas miserias? No seamos pesimistas.

Hablemos de Fausto.

Fausto, magnifica creacion del poderoso genio de Goetle; Fausto, opera del maestro Gouned.

¡Qué acordes marchan la música y la accion! Aquellas notas tiernas y delicadas, en Margarita; tridentes primero, mazicas despues y desesperadas al fin, en Fausto; purisimas, en Sibel; energicas, en Valentin; y terribles ó burlonas, pero siempre glaciales, en Mefistófeles, ¡quó bien nos espresan la situación de todos los personajes del drama!

Fausto escéptico, gastado, impotente, forma alianza con el Genio del mal para sa-tisfacer su sed hidrópica de placeres; encubre su alma caduca bajo una brillante máscara de mentida juventud; derrama la hiel de sus torpes pasiones en el casto seno de Margarita; ahoga la noble energia, el ánimo varonil de Valentin; marchita las dulces ilusiones de Sibel; profana y mancha todo lo que toca; hasta que, herido al fin por el rayo de la cólera celeste, se hunde en el abismo abrazado con el Genio del mal; sin que pueda salvarle ni aun la generosa intercesion de Margarita, privilegiada naturaleza, que sufre y calla, vuela al Cielo y perdona.

Y recordamos involuntariamente con este motivo el empréstito y el partido mo-

derado. Está visto.

No podemos hablar de otra cosa.

CRÓNICA DE REUNIONES.

cinculo DE ENCISO.

Junta Directiva. Presidente, D. Donato Llanos.-Vocales, José Marin; Simon Jimenez.-Secretario, Antonio Gutierrez.

LECTURAS EN ALTA VOZ.

En Los Dos Reinos, periódico de Valencia, leemos lo siguiente:

PREMIOS A LA LECTURA.

En la noche del domingo 15 de los corrientes celebró junta general ordi-naria la sociedad *La Tertulia*, funda-

da por varios de nuestrosamigosen sata capital. Apro-badas las cuentas que habia sometido a discusion la Junta directiva, uno de los señores sócios presentó y apoyó una proposicion dirigida à obtener de la sociedad crease dos premios, uno de 600, y otro de 400 rs., con mas, 400 rs., con mas, dos medallas de accesit, para los individuos de la clase jornalera que de-muestren leer mejor, o sea con la claridad, precision y buena entonacion, tan recomendadas por los pro-fesores de humamidades en todos tiempos y paises. Acogida esta proposicion, no solo



El tacto.-El paladar.

por unanimidad , sino hasta con visibles muestras de entusiasmo, quedó encargada la Jua-ta directiva de reglamentar los de-talles necesarios, à fin de que tan útil institucion pueda en breve producir los ópimos frutos que desean todos los amantes de la instruccion popu-

Con efecto, la lectura en altavoz, objeto de premios y certamenes periódicos en los paises que marchan á la vanguardia de la civilizacion, ofrece ventajosos y no bien conocidos resultados, bajo el triple punto de vis-ta del desarrollo fisico, moral é in-

girar su actividad, atendidas su condicion y circunstancias en la esfera social. Como ejercicio higiénico, la lectura en voz alta contribuye à desarrollar la vitalidad de nuestro organismo, dando mayor fuerza y elasticidad à los pulmones, acostumbrandonos à una mas fàcil emision de los sonidos articulados, y equilibrando los exce-sos del sistema nervioso hasta el punto en que la fatiga indique su laesitud.

Bajo el punto de vista moral, la esquisita prudencia que debe presidir en la eleccion de textos, puede suministrar vasto campo à las inteligencias mas vulga-res, para asimilarse el fruto de cien vigilias, comprender la estension de sus deberes y sus derechos, y contemplar en el espejo de la historia la imagen de los randes hombres à quienes deben imitar. Ultimamente, isera menester que enca-rezcamos la lectura en alta voz como medio de adquirir y difundir los conocimientos de que tanto carecen las clases deshe-redadas?.. Ni una palabra mas creemos necesario afiadir, cuando el pensamiento que ha guiado à La Tertulia hoy, tal vez imitado por otras sociedades mañana, lleva en si el germen de todas las buenas obras, puesto que tiende à emancipar al mayor número de la ignorancia y de la inmoralidad, restos nefandos de aquellos siglos en que se llamaba delito à la mania

de pensar. Entre tanto, felicitamos à La Tertulia por sus leales aspiraciones al bien, y deseariamos que venciendo las pequeñas dificultades que puedan surgir en la reali-zacion de toda idea nueva, consiga pronto su laudable fin, llevando el pan de la instruccion al seno de las clases trabajadoras.

Sr. Director de La Soberania Nacional, Ibiza 8 de Enero de 1865.

Muy señor nuestro y de toda nuestra consideracion: El Circulo de reunion esta-blecido en esta ciudad, titulado Academia del Pueblo, á que tenemos el gusto de per-tenecer, acordo por unanimidad, suscribirse al periódico que V. con acierto dirige. Y no podia menos de ser asi, puesto que el programa de La Seberania Nacional se halla enteramente de acuerdo con las as- que en ella se acordó, habiendo leido en

no para que los pueblos lleguen un dia al cabo del perfeccionamiento.

La lectura en alta voz deberá precisamente contribuir en gran manera à la estirpacion de añejas tradiciones, que en España entorpecen la marcha del progreso.

Los circulos de reunion, donde como en el nuestro, se lee en alta voz; donde existe una seccion de música vocal é instrumental, y otra de declamacion; donde la amigable discusion y el continuado trato enriquecen el espíritu y ennoblecen el alma; esos círculos, llámense casinos, liceos, tertulias u otra cosa, son ventajosisimos en todas partes, y mucho mas en una isla que de 25.000 almas que cuenta, solo 200 con corta diferencia, saben leer.

La mision de su ilustrado periódico es parecida, por consiguiente, à la de la Sociedad Acudemia del Pueblo. Los redactores de La Soberania Nacional, trabajan en pró de toda la nacion, y son un poderoso auxiliar que se pone al lado de los que de-seumos el adelanto de esta isia tan feraz cual abandonada.

Los enemigos de La Soberania Nacio-NAL, lo serán del bienestar de sus compatricios. Los enemigos de nuestro circulo, lo son de todos los ibizencos.

Existen, por desgracia, seres educados à la sombra de pervertidas escuelas, creadas en tantos años de desconocimiento de lo mas sagrado, desde el derecho del hombre hasta su propia conciencia; pero seres de los que no debemos hacer caso alguno, siguiendo, sin titubear, el fin que nos hemos propuesto.

Damos á V. las gracias por la nueva em-presa que ha tomado á su cargo; y deseándole para satisfaccion suya y bien nuestro, el logro de su noble mision, somos de V. con toda consideracion, afectísimos seguros servidores y amigos Q. B. S. M.

VARIOS SOCIOS.

Sr. D. Angel Fernandez de los Rios. Enciso 10 de Enero de 1865.

Muy señor mio: renovada la junta del circulo de Enciso el 1.º del corriente, de la que soy presidente por la eleccion que tuvieron à bien hacer los socios en mi humilde persona, una de las primeras cosas

telectual del hombre, cualquiera que sea piraciones de todos aquellos que conside-la estension de la órbita en la que deba ran la general instruccion, el mejor cami-namente V. dirige, en el artículo de entrada, la idea emitida por un grande hombre de nuestro parlamento español de la lectura en alta voz, la junta acordó que así se efectúe por el término de una hora por lo menos todos los dias del año á primera hora por las noches, antes de dar princi-pio à otras clases de diversion.

Como carecemos del Semanario Lecru-RAS DEL HOGAR, suplico á V. se sirva ordenar la suscricion à favor del circulo, por Calahorra, á esta villa, y adjunto acompa-ño el importe en letra de 32 rs. por un año.

Con este motivo me ofrezco de V. atento seguro servidor Q. B. S. M.

DONATO LLANOS.

Sr. D. Angel Fernandez de los Rios. Enciso 10 de Enero, de 1865.

Muy señor mio y de mi mayor consideracion: aficionados algunos operarios de los muchos que estamos en las varias fá-bricas de filatura y de lanas que hay en este pueblo, à la lectura en las noches que podemos despues de concluidos los trabajos; y habiendo llegado á nuestras manos en una de ellas el segundo número del Semanario que V. tan hábilmente dirige, con el título de Lecruras per Hogar, viendo que el Sr. Olózaga encarece la necesidad de las lecturas en alta voz, hemos acordado, ya que nuestra humilde posicion no nos permite pertenecer al circulo de esta villa, formar una reunion (previo permiso de la autoridad), de las clases de industriales y obreros, en el local de ma-quinarlas de mi casa habitación, donde todas las noches del año se lecrán en alta

voz obras de utilidad y recreo.

Al efecto sirvuse V. ordenar me manden su semanario, etc., etc.

PEDRO CUADRA.

Secretario de la redaccion, EDUARDO DE LA LOMA.

Editor responsable, DON FRANCISCO QUELLE Y GUTIERREZ.

MADRID:

Imprenta á cargo de Julian Peña, Rubio, 33.